

## Introducción

En la vida es necesario aprender muchas cosas..., pero unas son más necesarias que otras. Muchas veces nos afanamos en ilusiones y proyectos que con el paso del tiempo vemos que han tenido una importancia relativa en nuestra vida, o incluso no han sido convenientes. Otras veces comprobamos que sí lo eran, pero aun así es posible que no nos hayan «llenado» como esperábamos... Tal vez hayamos tenido éxitos económicos, culturales, profesionales... y sin embargo nos parezca que nos falta «algo» para poder decir con sinceridad que somos y nos sentimos felices, compatible con las contrariedades y dificultades que toda vida lleva consigo. Sí, podemos tener la vida resuelta, ¿pero considero que he encontrado lo que se necesita para tener paz, alegría?, ¿para tener la satisfacción de una vida «bien empleada»?; en definitiva, ¿para ser feliz? ¿Tengo la convicción de haberme ocupado de lo más importante..., como persona y como cristiano?

Ese «algo», especial es, sencillamente, *sabernos amados y amar*. Si no nos sentimos amados y no amamos a los demás careceríamos de lo más necesario porque «la felicidad personal no depende de los éxitos que conseguimos sino del amor que recibimos y del amor que damos»<sup>1</sup>.

Estas páginas desean ser útiles para *aprender a amar*. Pero para eso es muy importante empezar por «descubrir» –por conocer más y mejor– el amor de Dios por cada uno de nosotros, porque desde el conocimiento de ese amor –manifestado de tantas maneras– sentiremos más vivamente el deseo de corresponder: *amor con amor se paga*; un amor a Dios eficaz y el amor a nuestros hermanos los hombres: las dos caras de una misma moneda. Es un «descubrimiento» fundamental para no dejar de asombrarnos y llenarnos de alegría, pues es sin duda el mayor regalo que se nos ha podido conceder, el mayor motivo para sentirnos seguros, protegidos, acompañados..., y para aumentar en intensidad y en extensión nuestra capacidad de amar, a Dios y a nuestros hermanos los hombres.

Como San Agustín, es también muy importante para cada uno de nosotros que nos hagamos dos preguntas fundamentales: «¿Qué eres tú para mí, Señor?», «y ¿qué soy yo para ti?»<sup>2</sup>. Si realmente llegamos a conocer bien lo que somos cada uno de nosotros para Dios –cómo nos amará será mucho más fácil que Él sea para nosotros lo que debe

1. Mons. Fernando Ocáriz, Carta pastoral 1-I-2019, n. 17.

2. San Agustín, *Confesiones*, 1, 5, 5.

ser: «Ser de quien procede, por creación de la nada, todo ser; Verdad que ilumina la mente humana para que pueda conocer la verdad con certidumbre; Amor del cual procede y hacia el cual se dirige todo verdadero amor»<sup>3</sup>. O con palabras del propio San Agustín: «la causa del universo creado, la luz de la verdad que percibimos, y la fuente de la felicidad que gustamos»<sup>4</sup>.

Hemos sido creados por amor y para amar<sup>5</sup>. Nuestra vida alcanzará su perfección cristiana en la medida en que vivamos así. El amor a Dios, como el amor humano, va mucho más allá del mero cumplimiento de unas normas u obligaciones. El que ama se da del todo, no se contenta con «cumplir»; ese cumplimiento no llenaría su vida, no daría sentido a su entrega. El enamorado solo piensa en cómo manifestar su amor a la persona que ama, cómo hacerla feliz..., porque si no él tampoco podría ser feliz. Su felicidad está en conseguir la felicidad de la amada.

Dios no nos necesita; es todopoderoso, omnipotente, lo tiene todo. Sin embargo nos ha amado y nos ama hasta el extremo –hasta dar su vida por la nuestra– y nos ha destinado –si no le ponemos obstáculos– al Cielo, para hacernos partícipes de su bienaventuranza por toda la eternidad.

3. San Juan Pablo II, Carta apostólica, San Agustín de Hipona, en el XVI Centenario de su conversión. 28-VIII-1986, II,2.

4. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, 8, 10, 2.

5. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1604.

El primer capítulo está dedicado a reflexionar sobre *el amor de Dios por nosotros*, para llenarnos de profundo agradecimiento y deseos de corresponder con obras a su amor: *el amor a Dios* será el segundo. A la vez, el amor de Dios es el fundamento del amor que hemos de tener a nuestros hermanos: este será el tercer capítulo, *el amor al prójimo*.

Después hemos añadido un cuarto capítulo para desarrollar una dimensión esencial del amor, tanto a Dios como al prójimo: *el amor misericordioso*. Y terminamos con un quinto capítulo para hablar del *amor humano*, y más concretamente del amor de los novios; lo esencial es aplicable al amor de los esposos, pero nos limitaremos a la etapa de preparación al matrimonio.

Los santos de todos los tiempos, y de las diversas espiritualidades que encontramos en la vida de la Iglesia, pueden ser definidos como «los enamorados de Dios», porque han sentido con mucha fuerza el amor con el que Dios les ama –siendo a la vez muy conscientes de su debilidad–, lo que les ha llevado a un deseo vehemente de agradecer y corresponder con todas sus fuerzas a ese amor; y a «desvivirse» por los demás, como el Señor –al que desean imitar– ha hecho por nosotros. Y sus vidas están llenas de fuerza, de iniciativa, de amor magnánimo, de confianza, de alegría, de paz, sin que les falten las contradicciones y pruebas que les sirven para unirse más al Señor.

¡Que les imitemos...! Y sobre todo que imitemos a Nuestro Señor Jesucristo: Él nos ha dicho «aprended de mí» (Mt 11,29), y ¿de quién vamos a aprender más a amar sino del Aquel que es el Amor? (cf 1Jn 4,8). Y aprender de tal manera que lo aprendido se haga vida nuestra.